

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

devuelve esa enseñanza convertida en problema personal de regulación emocional.

Caminos posibles para indagar

- ¿A quién, en tu vida, no se le exige hablar con calma?
- ¿Qué te dice tu rabia sobre lo que pasó?
- ¿Qué quería protegerse en ti cuando perdiste la compostura?
- ¿Quién te ha dicho «tienes razón en estar así»?
- ¿Cómo se comportan quienes te piden moderación cuando ellos están enojados?
- ¿Cómo sería un lugar donde tu rabia fuera bienvenida?

14. Trampas del traslado de la responsabilidad

La trampa de hacerse cargo de la rendición de cuentas que le corresponde a quien agredió desde posiciones de ventaja

Cuando alguien fue avasallada o avasallado, lo que el sistema le ofrece habitualmente es esto. Tiene que denunciar. Tiene que conseguir abogada. Tiene que reunir pruebas. Tiene que sostener el juicio durante años. Tiene que advertir a otras personas para que no les pase lo mismo. Tiene que financiar el proceso con sus propios recursos. Y tiene que hacerlo sin perder la compostura, sin victimizarse, sin obsesionarse. El sistema institucional que debería estar haciendo justicia se hace a un lado y deja todo el trabajo del lado de quien fue dañada. Quien agredió desde posiciones de ventaja, las instituciones que lo

protegeron, las redes que lo encubrieron, los pares que miraron para otro lado, quedan liberados de obligación material.

El agotamiento con que llegan acá es característico. Llevan años acumulando documentos, fechas, mensajes, registros médicos. Han contado la historia decenas de veces a abogadas, fiscales, jueces, psicólogos forenses, periodistas, familiares incrédulos. Llegan con la convicción contradictoria de que si pararan el proceso estarían fallando a futuras víctimas. La trampa les hizo creer que la responsabilidad de proteger a quienes podrían ser dañadas en el futuro también recae sobre ellas.

Mientras más esfuerzo hace ella porque otros rindan cuentas, menos rinden cuentas los otros. Denunciar a la justicia, o a la comunidad que no exige rendir cuentas, puede ser una respuesta legítima y necesaria, pero no necesariamente termina en rendición de cuentas, porque vivimos en una cultura individualista, evolutiva y extractivista. Aun así, libera a la persona de tener que mover el mundo desde un lugar donde no tiene las posiciones de poder para hacerlo, y demanda a quienes sí tienen posiciones de poder que muevan lo que tienen que mover.

La persona que carga con la rendición de cuentas está afirmando, con sus propias acciones, que la justicia importa, que la dignidad merece ser restituida, que las prácticas abusivas necesitan respuesta. Sabe que algo necesita ser enmendado. Sabe que el daño no debió haber ocurrido. Sabe que merece reparación. No sostiene el proceso porque sea incapaz de soltarlo. Lo sostiene porque algo de la justicia sigue en pie, aunque su posibilidad esté dañada, suspendida o casi agotada. La operación necesita esa convicción para reclutarla. Esa misma persistencia también se cansa. El cansancio acumulado por años, la rabia hacia los abogados que no representan bien, hacia las fiscales que pierden documentos, hacia los jueces que duermen audiencias, hacia las familias que piden que «deje el tema», es discernimiento sobre la magnitud de la injusticia. La decisión de parar un proceso porque ya no se puede seguir, lejos de ser claudicación, es resistencia política contra una operación que la estaba

destruyendo. La persona no abandonó la justicia. Abandonó una operación que le pedía sostener sola lo que el sistema debió haber sostenido.

Estoy obsesionada. Vivo en el rencor. No puedo soltar. No puedo pasar página. Estoy fijada en el pasado. Necesito superar esto. Estas conclusiones se vuelven verdades sobre quién es la persona y la apartan de la lectura política de su propia lucha.

Quien carga con la rendición de cuentas está mostrando cuál sería la justicia que merece. Un sistema que respondiera a tiempo, un entorno que no exigiera a la víctima reconstruir el caso entero, una comunidad que se hiciera cargo colectivamente del daño hecho por uno de sus miembros. El sistema devuelve esa enseñanza convertida en disfunción personal.

Caminos posibles para indagar

- ¿Cómo llegaste a la conclusión de que depende de tu esfuerzo individual y de tu lucha persistente que los demás rindan cuentas?
- ¿Qué invisibiliza esta idea? ¿Qué estructuras quedan sin hacer su parte mientras tú haces la tuya?
- ¿Qué quería cuidarse en ti cuando consideraste parar?
- ¿Hay alguien que te haya dicho «esto no es solo tu problema, es nuestro problema»?
- ¿Quiénes deberían haber respondido a esto y no respondieron?
- ¿Cómo sería un proceso donde tú no tuvieras que cargar con todo el trabajo?

La trampa de tener que perdonar para sanar

Perdona y serás libre. El perdón es para ti, no para quien te hizo daño. Mientras no perdones, sigues atada al pasado. El rencor te enferma. El perdón es necesario para sanar. Este discurso aparece en libros de autoayuda, en cierto coaching, en algunas tradiciones espirituales y religiosas, ha llegado también a espacios terapéuticos, y presenta el perdón como tarea emocional

indispensable, como condición para el bienestar, como prueba de madurez psicológica. Y carga sobre quien fue avasallada un trabajo emocional descomunal, soltando a quien agredió de toda obligación de rendir cuentas o reparar.

No estoy diciendo que el perdón no exista o que no sea posible. Estoy cuestionando el discurso que lo presenta como tarea obligatoria de quien fue dañada. Hay procesos de perdón que ocurren genuinamente, cuando se dan ciertas condiciones materiales y vinculares, cuando hay rendición de cuentas real, restitución, garantía de no repetición. Esos procesos son una entre muchas formas de cierre. Pero presentar el perdón como condición universal para sanar es invertir la operación. La carga ética se mueve de quien agredió a quien fue avasallada. Esa inversión es la trampa.

Llegan con culpa. Sienten que tienen que perdonar pero no pueden. Sienten que su falta de perdón es prueba de inmadurez. Llegan con la convicción de que el rencor las está enfermando, porque eso es lo que les han dicho durante años, y con familias y comunidades que les insisten en que el perdón es el paso necesario sin preguntarse qué condiciones harían posible perdonar sin traicionarse.

Mientras más perdona ella, menos se le exige al otro restituir, enmendar, garantizar que no se repita. La trampa hace que la persona cargue sola con el trabajo emocional que correspondería al proceso colectivo de la rendición de cuentas.

La persona que se resiste a perdonar está afirmando, con esa resistencia, que lo que vivió fue grave, que merecería reparación, que el daño hecho no se borra con un acto de buena voluntad propia. Sabe que el perdón sin rendición de cuentas es un perdón vacío que descarga a quien agredió. La negativa a perdonar es discernimiento ético profundo. La resistencia toma forma activa también. La rabia que aparece cuando alguien sugiere perdón, el cansancio de escuchar «perdona para sanarte» como receta universal, la decisión de no perdonar aunque sea sostenida en silencio, son resistencia contra una operación que pedía absorber sola lo que debería ser respondido colectivamente.

Estoy llena de rencor. No puedo soltar. Soy inmadura. Estoy estancada. Tengo el corazón duro. Estas conclusiones se vuelven verdades sobre quién es la persona y la apartan de su propia lucidez ética.

Quien se sostiene en la negativa al perdón fácil enseña, en acto, cuál sería la justicia que el daño hecho exigiría. Está enseñando que el perdón verdadero, si existe, vendría después de la rendición de cuentas, después de la restitución, después de la enmienda. El sistema le devuelve esa lucidez convertida en disfunción emocional.

Cuando una persona dañada elige perdonar para aligerarse, para sacarse un peso de encima, para retomar su vida, sobre todo cuando no hay justicia ni rendición de cuentas, ese gesto no es lo mismo que el mandato cultural del perdón. Sería más bien una forma de sofisticación política, la de soltar el trabajo de justicia que otros debieran hacer y no están haciendo, renunciar a la esperanza de que lo hagan, y poder así seguir con la propia vida. No es pasividad frente a la injusticia, el avasallamiento ni la negligencia. Es sacarse el peso de hacer algo que es imposible de hacer desde la posición de desventaja en la que se está. Y no invisibiliza el cúmulo de acciones de resistencia que la persona ha sostenido, ni las otras historias de su vida y sus relaciones en las que esas luchas sí hicieron una diferencia vital, en la propia vida, en otras vidas, en el mundo y en el imaginario de lo posible.

La calidad de vida de quien fue dañada no puede quedar amarrada a que quien dañó rinda cuentas. Muchas veces no lo va a hacer, y dejar la vida en suspenso esperando eso sería otra forma de la trampa. Esa otra cara del perdón la trabajo también en la ética del perdón y la ética de la restitución, donde miro el sistema punitivo del perdón desde el trabajo con quienes ejercen abuso.

Cuando hablo del perdón como mandato vinculado a lo que se ha nombrado como sanación, no me estoy refiriendo al acto consciente y voluntario de «perdonar», sea lo que sea el acto mismo al que se le asigne ese nombre. Respeto las respuestas de las personas, los pasos y las iniciativas que toman en sus vidas para estar mejor, y si para alguien «perdonar», sea lo que sea a lo que se refiera, le ayuda a mover su vida hacia adelante, nunca lo cuestionaría, y creo

que hacerlo sería un tipo de abuso de poder desde nuestra posición. A lo que me refiero en la trampa es a la imposición de un acto sin sentido ni sensibilidad local, una suerte de mandato mágico que empuja a quienes han vivido abuso a realizar acciones sin consentimiento, reproduciendo las condiciones mismas de los abusos previos.

Caminos posibles para indagar

- Si esa idea tuviera voz, ¿qué te diría que perderías si no perdonas?
- ¿De dónde sacaste la convicción de que el rencor te enferma?
- Tu negativa a perdonar fácilmente, ¿qué está cuidando?
- ¿Hay alguna persona que te haya pedido perdón de verdad? ¿Cómo lo hizo?
- ¿Has perdonado alguna vez sin sentir que te traicionabas? ¿Qué hizo posible eso?
- Si quienes te piden perdonar te pidieran en cambio que se hiciera justicia, ¿qué cambiaría?

Dos historias para cerrar

Liliana monta su consultora en condiciones económicas difíciles y llega a la terapia agotada después de dos colaboraciones laborales que no funcionaron. Verónica, psicóloga en una unidad de salud mental dentro de un hospital, llega contándome que se siente, en sus propias palabras, «media loca» y «muy inestable». Las dos historias son diferentes en todo. Sus profesiones, sus contextos, sus problemas concretos, sus formas de hablar. Y aun así están haciendo lo mismo. Las dos están leyendo políticamente algo que la cultura les pide leer como problema personal. Las cuento entrelazadas porque entrelazadas muestran con más claridad lo que cada una sola mostraría a medias.

Cómo llegan habitando la lectura cultural

Las dos llegan a la sesión con una voz interna que les pone el problema adentro.

Liliana llega diciendo que ella es incolaborable. Que sus estándares son demasiado altos. Que si dos colaboraciones seguidas no le funcionaron, algo en ella tiene que estar mal. Que el trabajo en equipo no es para ella. Que mejor seguir trabajando sola. Trae también culpa porque ha sentido rabia con las personas que la decepcionaron. Sabe que enojarse, sostener rabia, no calza con la imagen que ella misma sostiene de liderar con compasión. Está atrapada entre la rabia y la culpa por sentirla.

Verónica llega con una palabra que repite varias veces en los primeros minutos. Inestable. Se siente inestable en su trabajo, en su vida, en su cuerpo. Despierta en la madrugada con miedo sin saber bien por qué. Trae también culpa. Ha sido «respondona», «impulsiva», «sin filtro» con el médico que es su jefe. Llega con la lectura que la cultura le ofrece como primera explicación posible. Está disociada. Está en hipervigilancia. Está somatizando. Tiene un cuadro ansioso que probablemente requiere medicación. Esa lectura está disponible en cualquier consulta, manual, podcast.

Las dos llegan con la operación cultural ya cumpliendo su trabajo. El problema vive en ellas. Algo en ellas no anda bien.

El contexto material que la cultura invisibiliza

Las dos sienten lo que sienten dentro de contextos materiales específicos.

Liliana sostiene su consultora sin red institucional ni colchón financiero. Tiene poco margen económico. Hace un gran esfuerzo por armar algo que es suyo. En el último año contrató una asistente virtual y una gerenta de proyectos. La asistente cometía errores básicos. Información mal copiada, fechas equivocadas enviadas a clientes, tareas mínimas que no respondían a la capacitación. La gerenta se gastaba la mayor parte de sus horas tratando de supervisar a la asistente sin resultados. Liliana, durante esos meses, abrió espacio. A la asistente, que estaba a quince mil kilómetros de su madre y vivía la enfermedad y muerte de ella a la distancia desde otro continente, le dio tiempo, plazos, comprensión. A la gerenta, que pasaba por una separación dolorosa, también. No exigió en los momentos en que estas mujeres no podían. Ofreció

compasión. Lo que apareció después, cuando los meses pasaban y la respuesta seguía sin llegar, fue otra cosa.

Verónica trabaja en una unidad psiquiátrica donde ocurren cosas. Un funcionario del hospital, un señor que ella misma describe como amable, paternal, que saludaba todos los días, abusó sexualmente de una usuaria internada. Esa usuaria sigue hospitalizada hoy. Funcionarios masculinos pueden entrar a habitaciones de mujeres internadas sin barreras de cuidado. El edificio es lo que es. Paredes blancas. Sin árboles. Sin lugar para que las personas internadas se reúnan en círculo a hacer nada juntas. Medicamentos como respuesta principal. Verónica, además, vive otra serie de avasallamientos y negligencias institucionales. Un médico jefe que le dice «esto es por tu conducta» cuando ella cuestiona algo. Una enfermera que se mete a su correo y envía correspondencia a su nombre sin permiso. Una colega psicoanalista que lee las intervenciones éticas de Verónica como síntomas de su propia historia personal. Reuniones donde sus posiciones políticas son patologizadas.

Lo que estoy haciendo acá no es demonizar a personas individuales. El médico jefe puede no ser mala persona. La colega psicoanalista puede no tener mala intención. El funcionario que abusó es responsable de sus actos, sin duda, pero también opera dentro de una lógica institucional que lo dejó disponible para abusar sin barreras. Lo que las dos historias muestran es lógica institucional. La cultura del freelance individualista que organiza el trabajo de Liliana. La cultura carcelaria, masculinizada y burocrática que organiza el trabajo de Verónica. Los individuos transitan por esas lógicas. Las sostienen, las reproducen, en ocasiones las desafían. Pero las lógicas existen aunque los individuos cambien.

La aparición de la expresión de doler

En las dos conversaciones, en algún momento, aparece doler.

En Liliana, la rabia. No aparece al inicio. Aparece después de la angustia, después del autorreproche, después de la sensación de no servir para el trabajo

en equipo. Aparece mezclada con culpa. Liliana siente rabia y al mismo tiempo se siente mal por sentirla.

—Es que igual fui un poco irónica con la asistente cuando le dije que no continuábamos. Y ahora me siento culpable. Porque la mujer estaba con todo eso de la mamá. Pero también es que la rabia me sale, me sale igual.

En Verónica, la sensación corporal que la cultura nombra como ansiedad o disociación.

—Yo me he despertado en la madrugada con miedo de la nada. Estoy en mi casa, está todo cerrado, y siento miedo. Y me digo a mí misma «tranquila, duérmete», y duermo una hora, después despierto, otra hora. Y me siento muy inestable. Y conecto con sentirme culpable, porque cuando pasó esto del médico yo dije «oye, igual fui irónica, igual fui respondona».

Las dos expresiones aparecen mezcladas con la lectura cultural que las invalida. La rabia con culpa. El miedo con autocrítica. Lo que cada una está expresando ya viene leído por dentro como prueba de su propio exceso o de su propio desequilibrio.

Mi posición frente a estas expresiones

En las dos conversaciones, en algún momento, ofrezco otra lectura. No la impongo. La ofrezco en condicional. Dime si te calza o si la estoy forzando.

A Liliana le ofrezco una distinción. La rabia y la culpa no son lo mismo aunque vengan juntas. La culpa la tiene mirándose a sí misma, viendo qué hay mal en ella. La rabia, en cambio, apunta a otro lugar.

—Liliana, te quiero preguntar algo y dime si te hace sentido. Esta rabia, ¿no tendrá que ver con reclamar algo? No con resolver el problema concreto. Reclamar otra cosa. Algo como «por qué me tratan así». Algo como exigir reciprocidad. Que la compasión que tú ofreces también te la ofrezcan a ti. Que no esté bien que te transgredan la compasión.

Liliana se queda un momento callada. Después me dice:

—Sí. Sí, es otra energía. Energía del reclamo. De la protección.

—Reclamo de qué. Proteger qué.

—Proteger la reciprocidad. O sea, si yo te estoy ofreciendo un sueldo, te estoy teniendo paciencia que no me pediste, te ofrezco ayuda, te abro espacio en tus momentos difíciles, y sigues cometiendo errores y jugando el juego de «ay, no me di cuenta», al final no te excusas, porque cuando llega el momento de facturar me facturas el triple de horas con lo que copiaste mal y pegaste mal.

A Verónica le ofrezco la metáfora de la cuerda floja.

—Verónica, estoy pensando en algo. Si tú caminaras por una cuerda floja y me dijeras «me siento inestable», yo no te diría «qué problema, vamos a regular tu inestabilidad». Te diría «qué bueno que te sientes inestable, porque eso es lo que te hace mantener el equilibrio, eso es lo que te impide caerte». Estoy pensando si esto que tú llamas inestabilidad no podría leerse así. Tú estás caminando sobre algo que está inestable de verdad. Tu cuerpo lo registra. Y lo que la cultura te pide, regular esa sensación, sería pedirte que dejes de registrar lo que es real. Sería pedirte que pierdas la brújula.

Verónica recibe el ofrecimiento. Lo prueba.

El reposicionamiento que ellas articulan

Las dos hacen el movimiento siguiente con sus propias palabras. La lectura final no se las devuelvo yo. La articulan ellas con sus términos cuando algo de lo que ofrecí les calza.

Liliana, en su sesión, dice algo como:

—Entonces no estoy loca. No es que yo no sirva para trabajar en equipo. Es que lo que yo busco es otra cosa. Yo no quiero contratar una persona que ejecute por horas. Yo quiero un equipo, una mirada compartida, alguien que piense el proyecto conmigo. Y eso, en este mundo del freelance, donde cada uno va a lo suyo y cobra por hora sin pertenencia, no se encuentra fácil. Cuando yo lo pido, me devuelven «demasiado exigente». Pero no estoy pidiendo perfección. Estoy pidiendo otra cosa. Estoy pidiendo compañía.

Verónica, hacia el final de su sesión, dice esto:

—La inestabilidad habla de que no estoy loca. Estoy cuerda porque me doy cuenta y me duele y está bien que me duela. Si no me dolería, sería grave. No

sería yo. Ahí no estaría yo, ahí me habría perdido. Entonces si estoy conmigo, si me sigo doliendo de estas cosas, es porque sigo siendo yo en este lugar que está loco.

Las dos articulaciones son tuyas. Yo ofrecí distinciones. Ellas hicieron la lectura que necesitaban hacer.

Marcos biográficos que aparecen

En las dos conversaciones aparecen también marcos más largos que esta sesión específica.

Liliana es la menor de tres hermanas. Durante toda la infancia y la adolescencia tuvo poco espacio para opinar, para definir, para ser tomada en cuenta. Aprendió temprano que su voz contaba menos. Que si quería tener lugar en la mesa, tenía que hacerse merecedora del lugar. La rabia de hoy, vista desde acá, no es solo rabia por el equipo. Es expresión de un reclamo más largo. La legitimidad de su voz, de su criterio, de su visión del trabajo.

Verónica viene sosteniendo, en su trabajo cotidiano, una ética profesional que el sistema hospitalario no premia. Priorizar a las personas internadas, no a la institución. Cuestionar prácticas carcelarias. Acompañar con cuidado. Esa ética la deja minoritaria dentro del sistema y le trae costos reales. Conflictos con jefes, patologización de sus intervenciones, intervenciones de su correo. La inestabilidad de hoy no es solo respuesta a esta semana. Es lo que viene sintiendo hace tiempo por sostener algo que el contexto institucional no acoge.

La capa de género

En las dos historias aparece, sin que sea su tema, una capa de género.

La rabia está históricamente prohibida para las mujeres. Lo que en un hombre se leería como autoridad legítima, exigencia profesional o estándar, en una mujer se lee como mal carácter, intensidad sin medida, problema de regulación emocional. Si Liliana fuera hombre, su reclamo por reciprocidad no estaría siendo leído por sí misma ni por la cultura como «soy demasiado exigente». Estaría siendo leído como «está pidiendo lo que cualquier líder profesional pediría».

La ironía respondiendo a una transgresión, lo mismo. Si un médico hombre respondiera con ironía a otro médico que le falta el respeto, sería leído como dignidad profesional. Cuando Verónica, psicóloga mujer, responde con ironía a un médico jefe que le falta el respeto, es leída como impulsividad, falta de filtro, problema de manejo de sí misma.

La capa de género no es tema aparte de estas historias. Es parte de la operación misma de la trampa.

Lo que estas dos historias muestran

Las dos sesiones lo muestran. Doler es logro, no problema individual.

Cuando el doler se lee como problema interno, el contexto que lo produce desaparece de la escena. La rabia de Liliana, leída como problema, hace invisible la falta de reciprocidad de quienes trabajaron con ella, la cultura del free-lance que organiza el mundo del trabajo, la asimetría con la que se trata a una mujer que pide lo que se le concede a un hombre sin discusión. La inestabilidad de Verónica, leída como problema, hace invisible las prácticas carcelarias del hospital, las negligencias institucionales que dejaron disponible un abuso, la patologización sistemática de las posiciones éticas que cuestionan el orden establecido.

Cuando el doler se lee como logro, como respuesta sabia, como expresión con potencia significativa, el contexto vuelve a aparecer. La rabia de Liliana sabe sobre reciprocidad rota. El miedo y el mareo de Verónica saben sobre inestabilidad institucional real. Las dos saben sobre lo que la cultura les pide tragar como si fueran su propio problema. Las dos sostienen, en su propio cuerpo, una brújula ética que el contexto querría apagar.

Acá vuelve la lectura central del libro. Las expresiones que llamamos doler, en cualquiera de sus formas, no son síntomas de algo dañado en la persona. Son acciones inteligibles dadas las condiciones producidas por las prácticas de silenciamiento, descuido, abuso, negligencia y punición que las personas habitan. Doler responde a algo. Doler defiende algo. Doler reclama algo. Doler

conserva un saber que la cultura dominante necesita invisibilizar para que el orden actual se sostenga.

La terapia narrativa de la dignidad, en estas conversaciones y en otras parecidas, no busca regular el dolor. Busca honrarlo como brújula. Indagar qué saberes íntimos contiene. A qué reclamo está respondiendo. Qué pedagogía implícita está sosteniendo. Y desde ahí, abrir conversaciones donde la persona pueda recuperar la posibilidad de leerse políticamente, en lugar de seguir leyéndose contra sí misma.

Liliana se va de su sesión sosteniendo que su búsqueda de un colectivo con propósito común no es defecto. Verónica se va de la suya sosteniendo que su inestabilidad es testimonio de su cordura. Las trampas que se desplegaron sobre ellas no desaparecen entre una sesión y la siguiente. Pero el campo se abre. Y en ese campo abierto pueden ir naciendo, despacio, otras posibilidades de seguir habitando los contextos sin perderse a sí mismas en ellos.

Antes de pasar a la práctica

Estas son algunas trampas que se reconocen con frecuencia en el trabajo terapéutico con personas que han vivido abusos y negligencias. La serie no se agota acá. Hay muchas otras operaciones del protocolo que toman forma de trampa y que cada lectora o lector reconocerá desde su propio trabajo.

Dos cosas al cerrar. La primera es que estas trampas operan con eficacia particular porque se naturalizan. Se asumen como rasgos de personalidad, como formas de ser, como modos propios de cada cual. «Yo soy así, soy muy autoexigente». «Yo es que soy muy generosa». «Yo es que tengo problemas de autoestima». «Es que soy demasiado sensible». Lo que la cultura presenta como personalidad es operación. Lo que se vive como defecto propio es trampa heredada. La operación se vuelve invisible cuando se confunde con identidad.

La segunda cosa es que estas trampas se patologizan. Reciben nombres clínicos que las atrapan más. Trastorno de personalidad dependiente, trastorno

obsesivo compulsivo de la personalidad, codependencia, baja autoestima, trastorno límite, hipervigilancia, hipersensibilidad. Cada categoría diagnóstica que se le pone a la trampa la cierra sobre la persona y la aleja de su lectura política. La sabiduría, la resistencia, la pedagogía implícita que cada trampa contiene, se vuelven síntomas en la ficha clínica.

Reconocer las trampas como operaciones del protocolo, leer al mismo tiempo la sabiduría que contienen, la resistencia que despliegan y la pedagogía que enseñan, es una manera de devolverle a estas experiencias su densidad política. No para quedarnos con la descripción del atrapamiento, sino para abrir, desde ahí, la posibilidad de conversaciones terapéuticas que no repitan la operación, que no le pidan a la persona perfeccionarse, regularse, fortalecerse, perdonar, agradecer, hablar civilizadamente o cuidarse mejor, sino que indaguen con ella en los saberes que ya están operando, en las resistencias que ya está desplegando, y en las prácticas narrativas que pueden ayudar a desempacar las conclusiones negativas de identidad que estas trampas han ido sedimentando.